



Cómo hablar de Jesús sin sonar religioso

Rebecca Manley Pippert

ANDAMIO **COMPAS** 

Era un bonito día de primavera en Chicago. Llevaba las ventanas del coche abiertas y mis sentidos se deleitaban con las primeras señales de la primavera. Justo cuando el semáforo se puso verde, algo entró repentinamente por la ventana y me dio en la mejilla. Me asombró más de lo que me dolió. Inmediatamente me metí en una gasolinera para averiguar qué había sido. Para mi asombro, mientras desenrollaba el papel, vi que era un folleto evangelístico. Luego recordé haber visto, en un coche al lado del mío, a una mujer que tenía una expresión extraña, como si estuviera midiendo nerviosamente la distancia de algo.

¿Es esto evangelizar?

La idea central de evangelizar es compartir la historia de Cristo, la buena nueva de cómo Dios a través de Cristo tomó el pecado y la vergüenza de la raza humana para que todo el que crea pueda ser salvo. Hechos 4:12 nos dice: "En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos." Ésta es la noticia más liberadora que ha oído nuestro planeta. Entonces, ¿por qué no tenemos más ganas de compartirla? Quizás es porque hemos visto ejemplos malos de evangelización, como el mencionado más arriba.

Estoy segura de que esta mujer era una cristiana sincera. Apuesto que, incluso, hacía devocionales a diario. Sin embargo, no puedo recordar ningún momento en la Biblia en el que se practicara la evangelización tipo "torpedo". Mientras yo desenrollaba el folleto no podía dejar de pensar en lo pa-

radójico que era. El dilema que se me presentó en el coche fue que mientras que en ese folleto evangelístico aparecía la verdad más gloriosa que puede cambiar vidas, el estilo de comunicar esa verdad fue tan drástico que el mensaje casi quedó anulado.

Puede que alguno de nosotros crea que la evangelización eficaz empieza con la pregunta: "¿A cuánta gente tengo que ofender esta semana?". Si es así, seguro que la tensión empieza a acumularse en nuestro interior: "¿Debería ser sensible con la gente y olvidarme de evangelizar, o debería bombardearlos con el evangelio y olvidarme de su humanidad?". Muchos cristianos eligen tener en cuenta a la persona pero después se sienten culpables por no evangelizar. Entonces, quizá es hora de revisar nuestro concepto de evangelización.

Cuando hablo del tema de la evangelización siempre tengo la sensación de que la gente está esperando con expectación el nuevo planteamiento que va a funcionar de forma infalible, que va a convencer hasta al más incrédulo; esa fórmula mágica que funciona siempre, y si no, ¡que me devuelvan mi dinero! Pero aunque esa fórmula existiera, no funcionaría. Nuestro problema al evangelizar no es que no tengamos suficiente información; es que no sabemos cómo ser nosotros mismos. No hemos entendido que en verdad lo correcto es que seamos nosotros mismos cuando estamos con no cristianos, incluso si no tenemos todas las respuestas a sus preguntas o si nuestro conocimiento de las Escrituras es limitado. Nos olvidamos de que estamos llamados a dar testimonio de lo que hemos visto y de lo que sabemos, no de lo que no sabemos. La clave es obedecer, no sacar una licenciatura en teología.

Pero hay un problema aún más profundo. Nuestra incomodidad con los no cristianos refleja nuestra incomodidad con nuestra propia humanidad. Puesto que no estamos seguros de lo que significa ser humanos (o espirituales), nos cuesta relacionarnos de forma natural y humana con el mundo. Por ejemplo, muchos de nosotros evitamos evangelizar por miedo a ofender a alguien. Sin embargo, ¿cuántas veces le hemos explicado a un no cristiano que esa es la razón por la que nos mostramos indecisos?

Yo tengo todo el derecho a decir: "Mira, me entusiasma explicarte quién es Dios, pero también sé que no me gusta que la gente me agobie con la religión, así que si me paso, dímelo." Al decir esto estoy comunicando que tenemos un montón en común: yo no quiero ser pesada con el evangelio, y esa persona no quiere que le den la lata. Así que, con este vínculo humano como base, soy libre para compartir mi fe.

Auto-descubrimiento

Dios me ha dado una libertad creciente para hablar de Él, pero no siempre fue así. Un día, en la universidad, reflexionaba sobre mi ministerio evangelístico y me di cuenta de que, aunque tenía muchos amigos no cristianos y algunos se habían convertido por mi influencia, ninguno se había convertido en mi presencia. Mientras pensaba por qué todavía me sentía incómoda con el hecho de evangelizar, descubrí varias cosas sobre mí misma.

En primer lugar, tenía tanto miedo de que me vieran como una fanática religiosa que, muchas veces, me quedé callada cuando salía el tema de Dios. Me importaba más

cómo me veía la gente que cómo me veía Dios. En realidad, la mayoría de la gente respeta y responde más a una persona que tiene ideas definidas y que las comunica claramente, que a alguien que pide disculpas y no se define.

En segundo lugar, aunque veía la necesidad en las vidas de mis amigos no cristianos, no podía imaginar que era a Jesucristo a quien realmente buscaban. Jesús era para "gente religiosa", no para mis amigos paganos. Así, puesto que yo no esperaba de verdad que aceptaran el evangelio, nunca lo hacían.

En tercer lugar, creía que Jesús no era más que el camino que yo había elegido. ¿No era arrogante sugerir que mi visión era el único camino? Pero a medida que entendí mejor la naturaleza del cristianismo, vi que nuestra fe se fundamenta en hechos históricos, no solamente en la experiencia subjetiva. Lo importante era la cuestión de la verdad, y no los sentimientos pasajeros. Dios no me estaba pidiendo que me apoyara en mis propias ideas o emociones sino en la persona y en la obra de Jesucristo. Si alguien era culpable de ser ofensivo, ese era Jesús, y no yo. Era suya y no mía la idea de que él era el único camino a Dios. Darle cuenta de esto me liberó cuando me acusaban de ser cerrada e intolerante. Podía responder: ¿No es sorprendente que Jesús dijera cosas tan cerradas e intolerantes? ¿No sería fascinante leer sobre Él para descubrir por qué hizo afirmaciones tan radicales?

También me paralizaba el miedo a ofender a la gente y a arruinar sus posibilidades de entrar en el reino. Por eso pensé: Voy a ser agradable, sonreír y a esperar hasta que entiendan. Por extraño que parezca, desde entonces he descubierto que ofender a la gente al evangelizar no suele ser el problema. Si

tú eres lo suficientemente sensible para darte cuenta de que puedes ofender a alguien, ¡entonces lo más seguro que no ofendas a nadie!

Además, no podía hablar de Dios de una manera natural. Me sentía bien hasta que salía el tema de "la religión". De repente pensaba que necesitaba sonar "espiritual" y en vez de escuchar, me entraba el pánico porque no podía recordar ningún versículo. Me sudaban las manos. Miraba de un lado a otro, esperando que nadie estuviera escuchando. Cambiaba el tono de voz y empezaba a hablar "religiosamente". ¡Y luego me preguntaba por qué la gente siempre parecía tan incómoda cuando hablábamos de cosas espirituales! Mi problema era que no pensaba que Dios pudiera ser una parte natural de una conversación sobre cine, política o cualquier libro que estuviera leyendo en este momento. Yo no tenía una visión del mundo cristiana e integral: había metido a Dios en el cajón de "lo religioso", separado de "la vida normal".

Por último, si nadie se había convertido gracias a mí, es porque nunca se lo había pedido a nadie. ¿Por qué? Porque tenía miedo de que si lograba que alguien estuviera a punto de convertirse, Dios no se manifestaría. Tenía miedo de hablarle a alguien y decir algo que no tuviera sentido. Estaría en apuros sin apoyo celestial. ¡Vaya situación más embarazosa! Por eso evitaba correr ese riesgo.

Luego todo cambió. Una amiga atea me sorprendió por completo haciéndose cristiana. Empecé a hacer algunos descubrimientos sorprendentes cuando me contó cómo se sentía antes de aceptar a Cristo.

"Primero pensé: Vale, respeto que Becky tenga su religión. A mí no me interesa lo más mínimo, pero si eso es lo que a

ella le gusta, entonces se lo tolero. Cuando me invitaste a cenar me preguntaste si podíamos dar gracias a Dios por la comida. Yo pensé: ¡qué curioso! Pero no sólo diste gracias por la comida sino también por mí y por nuestra amistad. ¡Me hizo sentir tan bien! Nunca pensé que creías que nuestra relación tuviera algo que ver con Dios. Pero luego dije: ¡Esto es ridículo; dar gracias por mí a alguien que no existe!”

“Luego fuimos a ver una película que planteaba algunas preguntas y después tú dijiste que la idea central de la película aparecía también en un pasaje bíblico que habías leído y sobre el que habías estado reflexionando ese mismo día. ¡Nunca imaginé que Dios tuviera algo en común con el cine moderno! Otro día me invitaste a un estudio objetivo sobre la persona de Jesús en la Biblia. Bien, pensé. El único problema fue que descubrí que me sentía atraída por ese Jesús. ¡Parecía tan real y sabio a medida que leíamos sobre él cada semana!”

“Pero, ¿sabes lo que más me impactó? Toda mi vida había pensado: ¡qué arrogante eso de llamarse cristianos y creerse tan bueno! Pero luego te conocí, Becky, a ti que no eras perfecta, y aún así te llamabas cristiana. Por eso, mi primer impacto fue ver que tú cometes errores como yo. Pero la mayor sorpresa fue que tú lo reconocías mientras que yo era incapaz de hacerlo. De pronto entendí que ser cristiano no significa no fallar nunca, sino reconocer los fallos que uno hace. Yo quería mantener a Cristo en una caja y dejarte hablar de religión cuando hacíamos los estudios bíblicos. Pero cuanto más me dejabas entrar en tu vida y más te conocía con tus problemas y tus alegrías, más difícil se me hacía mantener esa caja cerrada. Incluso el reconocimiento por tu parte de tus debilidades me llevaba hacia Él.”

Esa confesión cambió mi vida. Lo que más me sorprendía era que ella me había visto en toda clase de circunstancias, había visto mi yo real, y eso le dio al evangelio más poder, no menos. Siempre había pensado que debía ocultar mis dudas y problemas; creía que si ella me conocía de verdad no se convertiría. Sin embargo, cuanto más real y transparente fui (incluso con mis debilidades) más real fue Jesucristo para ella.

Pero, por favor, entiéndeme bien. Al decir que debemos ser humanos unos con otros no estoy disculpando el pecado. Dios nos llama a la pureza moral y a la integridad. No estoy sugiriendo que compartamos nuestras debilidades como si ser auténtico fuera un concurso de “a ver quién ha hecho el pecado más gordo”. El pecado no es lo que Dios quiere de la humanidad, sino obediencia y una confesión humilde cuando fallamos. Nuestra meta debe ser buscar el equilibrio entre la obediencia absoluta y la necesidad también de ser vulnerables.

Llamados a ser humanos

La experiencia me enseñó lo que 1ª Tesalonicenses 2:8 enseña: para compartir el evangelio tenemos que compartir nuestra vida, nuestra persona tal y como es. Si no entendemos que Cristo nos ha liberado para ser auténticos, veremos la evangelización como un proyecto en vez de un estilo de vida, y consideraremos a los no cristianos como objetos en vez de personas de carne y hueso.

Recuerdo que le pregunté una vez a una chica si se sentía cómoda evangelizando: “Sí”, me contestó, “lo hago dos veces a la semana”. En cierto modo sonó como si se tratara de

tomarse un complemento vitamínico. Evangelizar no es algo que haces, para luego volver a la vida "normal". Evangelizar supone tomarse a la gente en serio; en nuestro contexto natural, tender un puente hacia su isla de problemas y preocupaciones y entonces decirles que Cristo es el Señor.

El problema estriba, como ya he dicho, en nuestra dificultad para creer que Dios se glorifica más en nuestra humanidad que en nuestras programadas respuestas espirituales. La mayoría de nosotros teme que lo que somos en nuestro interior no es suficiente. Por tanto, escondemos nuestras preguntas y dudas más sinceras, pensando que no sonarán espirituales. Sin embargo, esto significa rechazar nuestra humanidad y así perdemos nuestro punto de contacto auténtico con el mundo. Nosotros somos los que deberíamos ofrecer al mundo la imagen de lo que significa ser realmente humano. No obstante, los cristianos son a menudo los que más temen su humanidad.

Del mismo modo que hay confusión en lo referente a lo que significa ser humano, también hay confusión sobre lo que significa ser espiritual. Pensamos que es más espiritual llevar a nuestro amigo no cristiano a un estudio bíblico que a una obra de teatro o al cine. No sólo no entendemos nuestros puntos naturales de contacto con el mundo; tampoco entendemos nuestros puntos de contacto naturales con el mismo Dios. Él es quien nos ha hecho humanos; por tanto, a Él le interesa cada aspecto de nuestra humanidad. No nos atrevamos a limitarlo a estudios bíblicos y debates con cristianos. Él creó la vida y desea ser glorificado en la totalidad de lo que constituye la vida. Su poder y presencia se manifestarán al mundo cuando le dejemos vivir por completo en cada área de nuestras vidas.

Nuestro modelo: la encarnación

¿Tenemos algún modelo del tipo de humanidad que Dios tenía en mente cuando nos creó? Iremos al primer ser humano integral que ha existido nunca – Jesucristo. La palabra que los teólogos usan para describir el acontecimiento de la venida de Dios a nosotros a través de Cristo es la encarnación. ¿Qué es la encarnación? Dios vino a nosotros a través de Cristo, su eterno Hijo, quien se convirtió en uno de nosotros al adoptar naturaleza humana mientras mantenía su naturaleza divina. Adoptó forma humana pero a la vez seguía siendo él mismo. ¡Piénsalo! Por su inmenso amor, Dios decidió unirse a su creación mediante la unión más cercana posible: ¡convirtiéndose en lo que Él había creado! Hebreos 1:3 dice "[El Hijo es] el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia". En el evangelio de Juan leemos: "A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer." (Juan 1:18).

La razón por la que Cristo vino a esta tierra fue porque el pecado nos había separado de Dios. Desde la caída de Adán y Eva, los humanos han elegido centrarse en sí mismos en vez de centrarse en Dios. El pecado nos ha separado de Dios; el pecado nos ha separado de nuestros semejantes; y el pecado nos ha separado incluso de nosotros mismos. Lo que es más, el pecado nos impide entender y conocer a Dios. Para acercarnos de nuevo a Dios, necesitamos que Él tome que iniciativa, que sea Él que construya un puente hasta nosotros. La buena noticia del evangelio es que eso es exactamente lo que Dios hizo – ¡Cristo es nuestro puente hacia Dios!

Pero Cristo no sólo vino a causa del problema del pecado sino que también vino para solucionarlo. Él tomó nuestra naturaleza pecaminosa en su cuerpo y, por medio de su muerte, venció el problema humano del pecado. La solución tenía que venir de Dios porque nosotros no tenemos el poder para deshacernos de nuestro pecado y de sus consecuencias. Dios era el único que podía hacerlo. ¡Y lo hizo!

¿Has oído a un escéptico decir: "¿No es arrogante decir que tú conoces a Dios? ¿Cómo puede un ser humano finito y limitado tener la seguridad de que ha descubierto al Dios verdadero?". Así pensaba yo cuando era agnóstica.

Aunque parezca sorprendente, la doctrina de la encarnación no podría estar más de acuerdo. La verdad es que el pecado nos impide conocer a Dios. Por eso es necesaria la revelación divina. Si Dios no nos hubiera revelado quién es a través de su Hijo, estaríamos siempre preguntándonos si nuestra experiencia de Dios es una valoración exacta de la realidad, o si nuestros sentimientos positivos hacia Dios sólo son el resultado de una buena digestión.

Afortunadamente, Dios sí se reveló a través de Cristo, y su revelación sirve como modelo para nuestra evangelización. Jesús dijo a sus discípulos: "Como el Padre me envió, así yo os envío". La palabra clave de esa frase es el como. Dicho de otro modo, ¿cómo envió el Padre al Hijo? Debemos fijarnos en la forma en la que Jesús se relacionó con el mundo porque así sabremos cómo hemos de relacionarnos con el mundo. Jesús se acercó a nosotros principalmente de cinco maneras: por medio de su nacimiento, su vida, su muerte, su resurrección y su ascensión. Veremos que cada aspecto de la vida de Jesús nos enseña algo sobre la evangelización.

El nacimiento de Jesús

El nacimiento de Jesús no es sólo la aparición de un gran hombre o un líder religioso. En ese momento, la eternidad entró en el tiempo. En ese momento, la divinidad intervino en la humanidad. En ese momento, Cristo, sin dejar ser Dios, se hizo hombre.

El nacimiento de Cristo nos ayuda a entender la naturaleza de Dios. Vemos que, cuando Cristo vino de los cielos a la tierra, al Dios verdadero no le importó desprenderse de lo que le correspondía, y que se entregó por amor, contento de poder participar plenamente de las vidas de sus criaturas. No fue tacaño como muchas de las deidades paganas de la Antigüedad. Dios lo dio todo. Cristo nos mostró la mente y el corazón del Padre porque encarnaba perfectamente todo lo que hay dentro del Padre.

Pero el nacimiento de Cristo también nos ayuda a entender la naturaleza humana. Como el eterno Hijo de Dios vivió una vida plenamente humana, nos reveló lo que significa ser humano. Desde la Ilustración se nos enseña que ser un humano pleno, o ser una persona plena, tiene que ver con alcanzar la independencia y la autorrealización. Por eso, la felicidad se logra al deshacernos de las ataduras religiosas que se imponían en la Antigüedad, y así poder fabricar nosotros nuestro propio destino. Pero Cristo nos enseña que la plenitud no se logra "independizándonos" de Dios, si no al revés: rindiéndonos ante su amor y su voluntad amorosa. Lo que nos deshumaniza es insistir en ir por nuestro propio camino. Cristo vivió para la gloria de su Padre, haciendo la voluntad de su Padre. Por medio de las acciones de Cristo,

vemos que no es nuestra vida lo que cuenta; lo que cuenta es que la habíamos perdido, y la hemos recuperado gracias a la intervención de Dios. Lo que nos llena de gozo no es nuestra libertad, sino nuestra libertad transformada en entrega a Dios. Cristo demostró que nuestra verdadera libertad y nuestro verdadero gozo vienen cuando nos unimos y nos sometemos a la voluntad de su Padre.

Pero vivir para complacer y obedecer a Dios no es la única cosa que nos devuelve nuestra humanidad. Cuando Dios por gracia se hizo uno de nosotros, reveló que nuestra dependencia de Dios no es un "error de fabricación", sino que es una de las características con las que Dios nos creó. Desde el principio de la creación, antes de que el pecado entrara en escena, Adán y Eva fueron creados para ser criaturas dependientes de Dios, no seres autosuficientes. Porque nosotros somos débiles, y Dios es fuerte. Lo que ocurre es que para la persona moderna es muy difícil aceptar esta verdad porque hoy en día la autosuficiencia no es un vicio, ¡sino la mayor de las virtudes! Por eso nuestra tendencia es despreciar nuestra debilidad y dependencia. ¡Pero Jesús aceptó su dependencia del Padre!

¡Imagina la humildad de Cristo, que aceptó asumir la naturaleza humana! Renunció a algo inmenso. Estaba acostumbrado a la compañía de Dios el Padre y de los ángeles. Dentro de la Trinidad, gozaba de una comunión íntima. En su estado antes de la encarnación, participó en la creación del mundo. Pero una vez que asumió la naturaleza humana, dejó sus privilegios divinos. Renunció a su capacidad de ejercer el poder divino de forma independiente. La pérdida fue enorme, incluso si le hubiéramos ofrecido todo el esplendor

de esta tierra. Pero no entró en el escenario humano naciendo en un palacio, ni en forma de un rey privilegiado. El Hijo de Dios vino como un bebé. Su venida no podía haber partido de una situación más débil porque, ¿qué es más débil e indefenso que un bebé?

Y no solamente eso. Al nacer Cristo, los cielos se abrieron y un coro angelical irrumpió en cánticos. ¿Por qué? Porque Dios, el Creador de los cielos y la tierra quiso habitar y glorificarse en el Cristo niño. Desde el momento del nacimiento de Cristo aprendemos algo muy importante. Dios quiere revelar su gloria en la debilidad humana. En las Escrituras podemos ver esta profunda relación entre la debilidad humana y el poder de Dios. El apóstol Pablo decía que hacía alarde más bien de su debilidad, porque por medio de ella Cristo podía revelar su presencia en él (2ª Corintios 11:30, 12:9-10).

Cuando Cristo adoptó nuestra naturaleza humana, también asumió la debilidad humana. Aunque había participado en la creación del universo, ahora necesitaba tiempo a solas para orar y conocer la voluntad de su Padre (Lucas 4:42-44). En lugar de ser autosuficiente, necesitaba apoyo emocional (Mateo 26:37-38). También experimentó cansancio, hambre y sed (Juan 4:6-7).

¿Qué revela Jesús acerca de lo que significa ser humano? Nos muestra que fuimos creados para depender del poder y la gracia de Dios; nuestra dependencia de Él no es resultado de la caída. Somos dependientes de Dios por naturaleza, ¡y Dios dice que eso es bueno! Entonces, tenemos que celebrar nuestra pequeñez, porque a Dios no le molesta nuestra debilidad.

Pero lo cierto es que, con demasiada frecuencia, no aceptamos nuestra forma humana. Somos los únicos seres de la creación de Dios que nos resistimos a nuestra forma. Las ardillas no se quejan por no ser gatos; los perros no tienen celos por no ser pájaros; la luna se contenta aunque no sea como sol. Pero nosotros no nos contentamos con la forma en la que Dios nos hizo. En lugar de eso, queremos ser Dios. Puede que no lo admitamos tan francamente, pero eso es realmente lo que hay detrás del problema del pecado.

Nuestro descontento con nosotros mismos es uno de los mayores obstáculos para la evangelización. He pasado la mayor parte de mi vida adulta intentando ayudar a cristianos en el área de la evangelización. He enseñado y formado a cristianos protestantes, ortodoxos y católicos en casi todos los continentes, y una y otra vez oigo los mismos comentarios: "Yo hablaría de Dios pero, ¿y si ofendo? ¿O y si me rechazan? ¿O y si me preguntan algo que no puedo responder o no logro explicar bien lo que creo? No, no puedo hacerlo porque no estoy preparado. Necesito ser mejor o más listo o más extrovertido antes de que Dios me pueda utilizar. Me siento incapaz."

Esa gente tiene razón, ¡somos incapaces! Este es precisamente el mensaje de la encarnación. Pero es un descubrimiento gozoso saber que Dios nos puede usar tal como somos. Jesús dijo: "Bienaventurados son los pobres en espíritu" (Mateo 5:3). Lo que quiere decir es "Feliz el que se ha dado cuenta de que no es suficiente". El conocimiento de nuestra incapacidad es una buena noticia, porque enfrentarnos con nuestra incapacidad es la única forma de ver que la ayuda viene en camino Sólo cuando reconocemos que no somos

capaces podemos acudir a Aquel que sí lo es. Saber esto debería ser motivo de celebración, no causa de ansiedad y vergüenza. Dios no nos puede ayudar cuando intentamos ser más de lo que realmente somos. Pero cuando reconocemos nuestra incapacidad nos abrimos al poder de Dios, que se hace visible en nuestra debilidad. En su libro *Seeking Peace: Notes and conversations along the way*, Johann Arnold dice:

Cuanta más confianza tenemos en nuestra fuerza y capacidades, menos confianza tendremos probablemente Cristo. Nuestra debilidad humana no es un estorbo para Dios. De hecho, con tal que no la usemos como excusa para el pecado, es bueno ser débil. Pero aceptar nuestra debilidad es más que reconocer nuestras limitaciones. Es experimentar un poder mucho mayor que el nuestro y rendirnos ante Él... Ésta es la raíz de la gracia – el desmantelamiento de nuestro poder. Siempre que surja de nosotros un poco de poder, el espíritu y el poder de Dios se retiran en la misma proporción. En mi opinión, ésta es la idea más importante con respecto al reino de Dios.

Cuando decimos que no testificaremos hasta que no conozcamos todas las respuestas, o hasta que tengamos una teología más formada, o hasta que nos hayamos convertido en comunicadores tan expertos que podamos hablar sin ni ofender ni ser rechazados, ¿qué es lo que realmente estamos diciendo? Nuestro deseo de evangelizar sin equivocarnos o sin correr riesgos, ¿no será un deseo de evangelizar sin tener que depender de Dios? Nuestro deseo de salir a evangelizar armados hasta los dientes procede, en parte, del hecho de que secretamente no nos gusta la forma en la que hemos

sido creados. No nos gusta ser débiles y tener que depender de Dios. Nuestro problema es que queremos vivir como si fuéramos Dios— no como seres humanos que tienen que depender de Dios. Y haciendo esto, negamos la verdad de la encarnación. Si el eterno Hijo de Dios estuvo dispuesto a venir a nosotros como un débil bebé, ¿no deberíamos dejar a Dios utilizar nuestra debilidad?

El apóstol Pablo dijo “Y estuve entre vosotros con debilidad y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1ª Corintios 2:3-5).

Teniendo en cuenta la encarnación, entonces si alguien nos pregunta algo y no podemos responder, somos libres de decir: “¡Es una pregunta estupenda! No tengo ni idea cuál es la respuesta, pero me encantaría averiguarlo. ¡Me alegro de que Dios te pusiera en mi camino hacerme pensar!”. La encarnación nos libera para ser nosotros mismos, lo que significa que en ese caso podemos decir “No sé la respuesta”. Más importante todavía, la encarnación nos revela que la evangelización eficaz tiene poco que ver con nuestra capacidad de responder las preguntas que nos hacen. Lo que salva no es nuestra brillantez., conocimiento o técnicas de comunicación, sino es el poder de Dios, el espíritu de Dios, el evangelio de Dios. Sí, Dios en su gracia nos ha elegido como instrumentos. Y por ello es de vital importancia que compartamos con los que están buscando “no solamente el evangelio sino también nuestras propias vidas.” Pero lo que realmente impacta es cuando el poder de Dios obra por medio de nuestra debilidad.

Billy Graham una vez describió una campaña en la que se sentía muy cansado:

No tenía nada que dar. Había agotado todo mi material. Había agotado mi cuerpo. Había agotado mi mente. Pero la predicación fue más poderosa. Dios usó mi debilidad, y lo hizo cuando yo salí de en medio y le dije “¡Tienes que hacerlo tú!”. Estuve pensando varias noches, y no sabía qué decir. Nada. Y aquella noche, sabía que en unos minutos tendría que levantarme y predicar, y sólo era capaz de pronunciar: “¡Oh, Dios, no puedo!”. Me levanté y de pronto empezó a llegar... Dios me estaba dando palabras, eso es todo (citado en el libro de Russ Busby, *Billy Graham: God's Ambassador*).

Del mismo modo, tenemos que seguir el ejemplo del apóstol Pablo. Él aprendió que Cristo podía revelar su poder cuando nosotros dejábamos a un lado el nuestro. Las palabras de nuestro Señor a Pablo son también para nosotros: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2ª Corintios 12:9).

Finalmente, el nacimiento de Jesús nos enseña que tenemos que estar dispuestos a salir del lugar en el que nos sentimos cómodos. Como hemos dicho antes, Jesús vino del cielo, por lo que cualquier cosa que la tierra pudiera ofrecerle quedaba a años luz de lo que él tenía. Sin embargo, el nacimiento de Jesús no tuvo lugar en un palacio, sino en un pesebre. No se identificó con los poderosos, sino con los pobres. El que estaba acostumbrado a la compañía de su Padre y de los ángeles, estuvo dispuesto a asociarse con prostitutas y leprosos. Si Jesús dejó el cielo para ser uno de nosotros, ¿no deberíamos estar dispuestos, al menos, a salir de la zona en la que estamos cómodos?

Vida y ministerio de Jesús

La vida adulta y ministerio de Jesús también revelan principios importantes de la evangelización. En tiempos de Jesús, entre la gente religiosa había una noción muy extendida: la actividad religiosa era lo que a Dios realmente le agradaba. Jesús echó por tierra esa noción. Por medio de su estilo de vida y sus enseñanzas, Jesús proclamó que la manera principal de complacer a Dios era a través de relaciones adecuadas.

Relaciones vs. actividad religiosa

Lo que a Jesús le importaba era Dios y la gente. Según Jesús, la causa humana era la causa de Dios. El estilo de vida de Jesús fue un reflejo perfecto de la enseñanza que predicaba: lo importante era amar a Dios, a nuestro prójimo, y a nosotros mismos. Su vida fue una celebración constante del valor supremo, la dignidad y la importancia de la vida humana.

Por lo tanto, establecer relaciones fue la estrategia básica de Dios para alcanzar a las personas. Cuando el verbo se hizo carne, Dios no envió un telegrama o tiró desde el cielo libros con estudios bíblicos evangelísticos o un millón de pegatinas para el coche diciendo: "Sonríe, Jesús te ama". Envío a un hombre, su Hijo, para comunicar el mensaje. Su estrategia no ha cambiado. Todavía envía a hombres y mujeres – antes que folletos y técnicas – para cambiar el mundo. Puede que pienses que su estrategia es arriesgada, pero ese es el problema de Dios, no el tuyo.

Jesús desarrolla una importante teología de las relaciones. Cualquier persona era alguien para él. Al hablar con el fariseo en Lucas 10, Jesús resume toda la vida en términos de

relaciones de amor – relaciones con Dios, con los demás, y con nosotros mismos. Que nuestras vidas lleven el sello del amor profundo es mucho más importante que la actividad religiosa. Es como si Jesús estuviera diciendo que la personas que nos rodean entenderán el amor de Dios en la medida que lo vean en nuestras vidas.

Estamos llamados a imitar el amor de Dios, un amor tan grande que no podemos quedárnoslo para nosotros. ¿Por qué Jesús hizo tanto hincapié en la necesidad de llevar vidas que fueran el reflejo de un amor profundo? Jesús dijo que una vida así revela la esencia de su Padre. Cuando amamos a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente, y amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, estamos reflejando la realidad más profunda de todas – la realidad de la Trinidad. Dios es un ser que se relaciona. Dios es tres personas en perfecta unión. Nosotros hemos sido creados como seres que nos relacionamos, porque estamos hechos a su imagen. La expresión de su amor es parte de la esencia de Dios, y nosotros tenemos que imitarle; por lo tanto nunca debemos tratar a la gente como proyectos evangelísticos. La pregunta que debemos hacernos a la luz del ministerio de Jesús es ésta: "¿Tenemos una amistad real y auténtica con al menos un no creyente? ¿O nuestras vidas se podrían describir más bien como miembros de un club de santos?"

Identificación radical, diferencia radical

Pero si el reino de Dios tiene que ver con establecer relaciones de amor, entonces ¿cómo podemos relacionarnos con otros sin comprometer nuestro propio testimonio? Sí, sabemos que Jesús entró en las sucias aguas del Jordán para

identificarse en el bautismo con los pobres, los pecadores y los necesitados. Sabemos que Jesús entró en las trincheras de la experiencia humana. ¡Pero Él también era Dios! ¿Cómo entramos nosotros en las vidas desordenadas de los no creyentes sin comprometernos moralmente?

Ésta es una pregunta crucial si quieres ser un testigo eficaz. Creo que Jesús amó y cambió el mundo de dos maneras: identificándose de forma radical con los hombres y mujeres, y diferenciándose de ellos de forma radical. Cuando se relacionaba con la gente, Jesús primero se fijaba en las cosas que tenían en común (Juan 4:7). Pero normalmente, era en ese contexto cercano en el que la diferencia se veía de forma más clara (Juan 1:10).

Jesús estaba durmiendo en una barca cuando una tormenta se desató. ¿Qué podía ser más humano que el acto de dormir para descansar el cuerpo? Sin embargo, cuando los discípulos se aterrorizaron porque pensaban que se iban a ahogar, lo despertaron. Entonces, Jesús reprendió a la tormenta y dijo: “¡Calla! ¡Enmudece!”. Pero los discípulos todavía seguían aterrados: “¿Quién es éste, que aún el viento y el mar le obedecen?” (Marcos 4:39, 41).

La gente empezó a reconocer la deidad de Jesús cuando descubrió su profunda humanidad. Cuanto más acercaba Jesús a la gente, identificándose con su humanidad, más visible y penetrante se hacía la santidad de Dios. La cuestión es que, para cambiar el mundo, ambas fueron necesarias: una identificación radical, y una diferenciación radical. Y si nosotros queremos cambiar el mundo, tenemos que tener eso en cuenta.

¿Cómo se identificaba Cristo con las personas? Jesús era un hombre muy abierto. Para Él no era poco espiritual

compartir sus necesidades físicas (Juan 4:7). No le importó mostrarse débil y pedir a sus amigos que oraran por Él y le apoyaran emocionalmente en el huerto de Getsemaní. Él es nuestro modelo de vida agradable a Dios, y lo vemos pidiendo apoyo y deseando que otros le ministraran.

La gente de la época de Jesús pensaba que sólo podían encontrar hombres santos en las sinagogas, pero Jesús se movía y obraba en la vida cotidiana y en las calles. Fue a bodas, fiestas, y comió con personajes bastante indeseables. Disfrutaba estando con la gente. Y hacía cualquier persona se sintiera bienvenida. Le importaba la gente profundamente y no tenía miedo de mostrarlo. Los estoicos (una escuela griega de filosofía que enfatizaba el autocontrol y dominio de las emociones) se enorgullecían de esconder sus lágrimas; pero Jesús no escondió las suyas. Él lloró abiertamente, bien por una ciudad o bien por la pérdida de un amigo. Los niños lo amaban. Los adultos quedaban tan impactados, que algunos sólo querían tocar sus ropas. ¿Por qué? Porque veían que Jesús los amaba. Su amor era abierto y generoso; sin límites, y nunca condicionado. Y hablaba del amor infinito de su Padre. La forma en la que Jesús amaba transmitía un mensaje: “Las personas pueden estar perdidas, desechadas y dañadas por el pecado, pero eso no significa que no tengan valor, o que Dios no las ame”.

Nosotros tenemos que aprender a relacionarnos con los demás con transparencia y con amor porque ese es el estilo con el que Dios se relaciona con nosotros. Jesús nos manda a ir, y luego predicar – no a predicar y después marcharnos. No estamos para gritar el evangelio desde una distancia segura, sin mojarnos. Debemos abrir nuestras vidas lo suficiente

para dejar que la gente vea que nosotros también reímos, tenemos problemas y lloramos. Ahí es donde encuentro el fallo de la evangelista tipo “torpedo”. Ella no entendió el significado de la encarnación. Yo solamente era un proyecto evangelístico, no una persona con quien relacionarse con una atención y amor genuinos. ¿Te puedes imaginar a Jesús haciendo una cosa así? ¿Te puedes imaginar a Jesús tirando un folleto evangelístico a la mujer del pozo en Juan 4 diciendo: “¡Dios te bendiga! Pero no te acerques. Tu vida es demasiado desordenada”? Si Jesús dejó el cielo y la gloria para ser uno de nosotros, ¿no deberíamos nosotros por lo menos estar dispuestos a salir un poco de nuestra iglesia o nuestro círculo de amigos cristianos para alcanzar a un amigo que aún no conoce el amor de Dios?

Pero cuando nos identificamos con nuestros amigos no creyentes, debemos recordar que Jesús también llamó a sus discípulos para ser diferentes. Nunca debemos intentar escapar de la verdad de que hay una diferencia fundamental entre los cristianos y los no cristianos. Si ignoramos o minimizamos esa diferencia seremos de poca utilidad para Dios o para el mundo.

¿En qué consiste esa diferencia radical? Es cierto que existe una gran tensión entre identificarnos con el mundo y amarlo tan profundamente como Jesús, y al mismo tiempo obedecer la oración del mismo Jesús en la que dejó claro que debíamos ser diferentes del mundo (Juan 17:16). Debemos recordar que identificarnos con el mundo no es lo mismo que ser idéntico al mundo. Si buscamos entender al mundo pero vivimos exactamente como los no cristianos, no tendremos ningún impacto. Podremos influir sólo si nos identifica-

mos con el mundo a la vez vivimos vidas llenas del Espíritu Santo. Eso significa que nuestro tiempo diario a solas con Dios será crucial para nuestra evangelización, porque nos irá transformando para hacernos semejantes a Cristo. La oración constante es igualmente vital – debemos aprender que para amar a nuestros amigos de verdad, con el amor de Cristo, debemos orar por ellos diariamente, pidiéndole a Cristo que muestre su amor en nosotros y a través de nosotros.

Jesús nos dice que nosotros somos sal y luz (Mateo 5:13-16). Nuestra diferencia se verá en nuestro carácter cristiano, porque estamos siendo conformados a la enseñanza moral de Dios, por nuestra devoción y amor a Dios, porque no juzgamos a otros sino que les servimos, y porque nos hemos comprometido a obedecer a Cristo como Señor.

Esa tensión entre buscar la santidad y acercarnos al necesitado nunca será fácil. En cada situación necesitaremos la guía y capacitación del Espíritu Santo y la palabra de Dios. Pero nuestras vidas deben adoptar la misma postura ante el mundo que Jesús adoptó: identificarnos radicalmente en amor, y diferenciarnos radicalmente en santidad.

La muerte de Jesús

¿Qué podemos aprender de la muerte de Jesús que nos ayude cuando damos testimonio? He analizado el tema de la cruz en mayor profundidad en otro librito de esta serie llamado *The Way of Jesus*. Sin embargo, una de las preguntas que más me hacen cuando doy conferencias sobre evangelización es: “¿Cómo evalúas el éxito en la evangelización? ¿Significa que he fracasado cuando mi amigo no acepta a Cristo? ¿Me siento tan desanimado cuando no veo resultados positivos!”

Mi respuesta es doble. En primer lugar nuestra tarea es exponer a la gente al evangelio, *no imponérselo*. Sólo el Espíritu de Dios puede cambiar el corazón de una persona. Nosotros no podríamos convertir a una persona aunque nuestra vida dependiera de ello. El poder de Dios es el único que hace que alguien que está muerto espiritualmente recobre la vida. Por tanto, debemos recordar que no somos responsables de los resultados. Lo que Dios nos pide es que seamos fieles, y compartamos las buenas nuevas con nuestras palabras y nuestros hechos y en el momento adecuado; y que bajo la guía del Espíritu, preguntemos a las personas si están preparadas para recibir a Jesucristo; pero los resultados se los dejamos a Dios.

¿Cómo enfrentarnos al desánimo cuando no vemos los resultados que tanto anhelamos? Tenemos que meditar en la cruz. Habrá momentos en nuestras vidas cuando parece que el maligno está ganando y existe la tentación de pensar que Dios no está haciendo nada. ¡No es verdad! La cruz revela que el momento más oscuro en la historia de la humanidad fue la victoria más grande. Dios utilizó el acto más bárbaro jamás cometido en este planeta para conseguir el mayor de los beneficios. Cuando estamos desalentados tenemos que recordar que Dios siempre tiene la última palabra. Sus propósitos nunca se ven frustrados. No debemos dejar que Satanás nos desanime.

He sido testigo de cómo algunas personas han entregado sus vidas a Cristo en muy poco tiempo. Otros, como mi propio padre, tardaron más de treinta años; y otros, por quienes he estado orando, no han mostrado ningún interés. Nuestra responsabilidad es seguir orando y no perder la esperanza, pedir paciencia y recordar que sólo Dios convierte el alma humana.

Cuando meditamos en la cruz, nos damos cuenta de que “cuando éramos todavía pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). Eso significa que hasta la persona más vil o más alejada no se encuentra fuera del alcance de la cruz. No podemos nunca mirar a alguien y concluir que es un caso perdido. Si Cristo murió por nosotros significa que nos ama. Debemos ver a la gente a través del amor de la cruz.

Recientemente hablé en una iglesia de California y alguien me explicó la historia de su conversión. La incluyo aquí como un ejemplo de la manera milagrosa en que Dios obra para que la gente se acerque a Él.

Un relato personal: el valor de una sola vida transformada

Cuando estuve en la Armada estuve en lo que llamábamos “el agujero” (la sala de máquinas). Éramos probablemente los trabajadores con menos prestigio en todo el buque. Vivíamos en las entrañas del buque, donde hacía un calor insoportable. En caso de hundimiento, éramos hombres muertos.

En 1978, cuando estábamos en el extranjero con el *USS Dubuque*, un buque de asalto anfibio con una tripulación de 425 marineros que transportaba a 2.500 marines y todos sus juguetes, llegó un nuevo técnico electrónico llamado Dutch. (Le pusieron en un camarote con aire acondicionado, arriba, en una zona tranquila). Siendo uno de los pocos cristianos en aquel barco, comenzó a orar y buscar la manera de dar testimonio. Su compañero de oración era otro de los técnicos de electrónica. Ambos estaban empeñados en encontrar la

forma de ser de impacto en aquel barco. El Señor les mostró que era necesario empezar con el grupo más incrédulo que hubiera a bordo, para así poder hablar a los demás. Y así fue como empezaron a orar por la salvación de un miembro del “agujero”.

El Señor proveyó no sólo de uno, sino de tres tipos muy enganchados a la droga. Estaban tan enganchados que se tenían que “poner” nada más levantarse, y también durante el día y antes de acostarse. Los tres no solamente aceptaron la gracia de Dios por medio de Jesús, sino que además experimentaron una liberación total de sus hábitos y de la vida desordenada que habían vivido. Se convirtieron en cristianos entusiastas no sólo en cuanto a sus palabras sino también a sus actos. Luego estos cinco buscaron y dieron testimonio a todo el mundo del cambio dramático que Dios había hecho en sus vidas. Gracias a su testimonio, calculo que entre el 33% y el 50% de los tripulantes dio su vida a Jesús.

Yo había crecido en una iglesia pero había rechazado sus enseñanzas a causa de problemas personales con el pastor. Había decidido que Dios no era real y que no había nada allí que valiera la pena. Sin embargo, cuando vi el cambio en estos tres amigos cercanos, no tuve otra opción que reconocer que Dios no era solamente real, sino que quería sacarnos de nuestras miserias, cambiarnos y darnos lo que necesitamos. Entonces, yo también le di mi corazón.

Cuando recordamos la gracia de Dios hacia nosotros, por medio de la cruz, tenemos que preguntarnos: *¿quiénes son los “casos imposibles” por los que debo empezar a orar?*

La resurrección de Jesús

Ni uno de los discípulos imaginó que vería a Jesús después de su muerte. Probablemente no ha habido en toda la historia un grupo de personas tan deprimidas como los seguidores de Jesús después de la muerte de su maestro. Supongo que se preguntaron una y otra vez: *¿Por qué insistió en dirigirse hacia una muerte segura? ¿Por qué eligió una estrategia tan insensata? Debería haberse retirado una temporada y dejar que las cosas se enfriaran. Cualquiera podría haberse escapado de los guardias. Pero Jesús se entregó deliberadamente. Ahora está muerto. Le vemos hacer milagros, encender nuestros corazones con la verdad, darnos una esperanza y un propósito como nunca habíamos conocido. Y ahora está allí, quieto y frío, incapaz de ayudar a nadie.*

Pero después, los discípulos vieron a Jesús resucitado, en pie, radiante, con sus manos extendidas hacia ellos. ¿Cómo respondieron? Estaban aterrados. ¡Creían que estaban alucinando! Pero vieron y creyeron que verdaderamente se trataba de su Señor.

¿Qué nos enseña la resurrección de Cristo acerca de la evangelización? Primero, nunca subestimemos a Dios. ¡Adoramos al Dios de lo imposible! Fue el Espíritu de Dios el que resucitó a Jesús de entre los muertos, el que hizo que los aminoácidos revivieran y que cadáver se reincorporara, el que revitalizó las células cerebrales muertas y dio aliento a aquellos pulmones inertes para que volviera a la vida. Entonces nunca deberíamos mirar a alguien y decir “Dios nunca podría alcanzar a esa persona”. La resurrección prueba que lo que es imposible para los hombres es posible para Dios. Si el Espíritu de Dios pudo resucitar a Cristo de la muerte

física y darle la vida, también puede tomarnos a nosotros que estamos muertos a causa del pecado, y devolvernos la vida. ¡Toma la decisión de ver a todo el mundo a través del poder de la resurrección y del potencial de Dios! Debemos recordar siempre que si Dios tuvo el poder de cambiarnos a nosotros, entonces tiene el poder de cambiar a cualquier persona, porque todos somos "casos imposibles".

En segundo lugar, nuestra evangelización se revitaliza cuando vemos que el poder que resucitó a Jesús es el mismo poder que recibimos nosotros cuando aceptamos a Cristo. Es el Espíritu Santo quien obra en nosotros y por medio de nosotros cuando emprendemos la labor de evangelizar. Es el Espíritu de Dios quien abre los ojos de la gente, les convence de pecado y, cuando reciben a Cristo, los dirige hacia el compromiso y los transforma. Lo que nos capacita para vivir la vida cristiana, para testificar eficazmente y nos permite beneficiarnos de la gracia es el poder que actuó en la resurrección de Cristo. Él hizo algo más que morir y pagar el castigo del pecado. Resucitó de la misma muerte, y el poder que Dios utilizó para resucitarle es el poder que pone a nuestra disposición. Entonces, tenemos que echar mano de ese poder mientras aprendemos a caminar en el Espíritu. Tenemos que aprender que vivir en la resurrección es vivir en el viejo mundo con el poder del nuevo mundo que está por venir.

¿Cómo echamos mano de los recursos espirituales que Dios ha dado? La oración es un ejemplo de una herramienta espiritual indispensable que nos da fuerzas para hablar a los demás de las buenas nuevas. Oramos para que Dios abra los ojos de la gente. Mucha gente es ciega al evangelio. Tenemos

que pedir que el Espíritu de Dios abra los ojos de los ciegos para que puedan entender la verdad de Jesús.

James Fraser, un misionero entre los lisu del suroeste de China, trabajó sin descanso durante años sin ver ninguna conversión. Pero entonces, el avivamiento vino de una manera extraordinaria. Fraser no atribuyó el éxito espectacular de su misión a su enérgico evangelismo o a su sabio consejo. Él estaba convencido que lo que trajo el cambio fue el énfasis que él hacía en la oración, y su don para promover grupos de oración en su país de origen. Consiguió que mucha gente orara de forma constante, y a esos grupos de oración en su país les enviaba información detallada, pidiéndoles que oraran treinta minutos al día si era posible. Según él, fue este apoyo en oración lo que protegió su obra de las fuerzas satánicas que existían en la sierra montañosa y remota donde trabajaba, y contribuyó a que con el tiempo, miles se convirtieran. En el libro *Behind the Ranges*, Fraser escribe detalladamente lo que significa orar una oración de fe, explica cómo dar un paso de fe en base a lo que creemos que Dios nos ha dado, y cómo luchar y resistir a Satanás en el nombre de Cristo.

Cómo Dios me ayudó con Bob

Recuerdo que me encontré por casualidad con un viejo amigo que no había visto desde los tiempos de la universidad. Mientras estábamos sentados mirando el menú de un restaurante, este amigo, Bob, me preguntó si había habido cambios significativos en mi vida desde la universidad. Yo respiré profundamente y empecé a hablarle de mi fe en Jesucristo.

Yo le recordaba como alguien inteligente y cínico, y pronto se hizo obvio que no había cambiado.

Intenté todas las acercamientos que se me ocurrieron, pero siempre rehusaba el tema con comentarios educados, pero condescendientes. Viendo que así no iba a ningún lado, me disculpé para ir al baño. Allí oré fervientemente "Señor, lo único que Bob está oyendo es *bla bla bla*. Deja que mis palabras salgan con el poder del Espíritu. Transmite lo que quieres decirle a través de mí y habla a su corazón. Abre sus ojos, Señor."

Volví a la mesa. Unos minutos después, como respuesta a una pregunta que él me hizo, empecé a contarle la historia de mi conversión. Al principio me escuchaba con el mismo escepticismo. Pero de pronto fue como si algo se hubiera encendido dentro de él. Su rostro cambió. De hecho, tenía una mirada de asombro. "Espera un momento, eso tiene sentido," dijo. Empezó a bombardearme con preguntas sobre la Biblia, Jesús, el significado de la cruz. Dejamos el restaurante varias horas después. Antes de marchar, yo le había desafiado a leer los evangelios.

A la mañana siguiente sonó el teléfono. Era Bob y me dijo que había estado despierto toda la noche y que sólo le quedaba por leer el Evangelio de Juan. Poco después le presenté a algunos cristianos con quienes hizo amistad, y ellos lo invitaron a un estudio bíblico. Seis meses más tarde Bob se entregó a Cristo.

¿Cómo ocurrió? Después de volver a ver a Bob me quedó claro que Dios había estado buscándole durante mucho tiempo. Sin embargo, no tengo otra explicación para lo que ocurrió en aquel restaurante, sino que el Espíritu de Dios

respondió a mi oración. La razón por la que Bob reaccionó a la oración tan rápido, mientras que otros por los que he orado no han reaccionado, es un misterio. Pero esa experiencia reforzó en mí la idea de lo importante que es la oración en la evangelización. Necesitamos el poder de Dios para hacer la obra de Dios. Tenemos que pedirle a Dios que nos dé sabiduría, eficacia y fe renovada, pero sobre todo necesitamos pedirle que abra los ojos y ablande los corazones de los que Él busca. Eugene Peterson en su libro *A Long Obedience in the Same Direction*, escribe: "La Biblia no es un guión para un entierro, sino que es un registro que recoge muchos sucesos en los que Dios puso vida donde esperamos encontrar muerte. Si nos fijamos, vemos que de principio a fin es la historia de la resurrección de todas las cosas."

La ascensión de Jesús

¿Qué nos enseña la ascensión de Cristo sobre la evangelización? En el libro de los Hechos, Lucas escribe las últimas palabras que Jesús les dirige a sus discípulos: "Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8). Luego Jesús ascendió delante de sus ojos, mientras ellos se quedaban mirando al cielo. De pronto aparecieron dos ángeles que les dijeron "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hechos 1: 11).

Dicho de otro modo, los ángeles querían decir que, por más que se quedaban mirando al cielo, no iban a lograr que Jesús regresara. Él se había ido y ellos debían dejarlo ir; Él

volvería a su tiempo y de la misma manera en la que se fue. Vemos que era la tierra y no el cielo lo que tenía que preocuparles. Jesús no les dijo que de forma asceta sólo pensarán en el cielo, con nostalgia por los buenos tiempos pasados, les dijo que abrieran los ojos y vieran con compasión a un mundo perdido que le necesitaba. Y lo mismo nos dice a nosotros. Tenemos trabajo que hacer en el poder del Espíritu.

Además, la comisión de Cristo era para todos sus seguidores. El texto bíblico no dice: "Id todos los extrovertidos, los que tenéis el don de evangelizar y *todos* los bautistas. El resto de vosotros, dedicaos sólo a ir a la iglesia regularmente, y a algún campamento que otro". El llamamiento es para todos los seguidores de Jesucristo, ya tengan el don de evangelizar o no. Éste es uno de los aspectos interesantes de los dones que Dios nos da. No todos hemos sido llamados a ser profetas, o maestros, o evangelistas, pero todos hemos sido llamados para ser testigos, independientemente de la naturaleza de sus dones. El llamado de Jesucristo a testificar es una orden, no una opción. La cuestión no es *si tengo el llamado o no*, sino averiguar *cómo voy a hacerlo, ¡y hacerlo!*

Además, cuando los dos ángeles hablaron a los discípulos y les dijeron que dejaran de mirar al cielo y empezaran a centrarse en el trabajo que tenían que hacer en la tierra, en realidad les hicieron una advertencia. Si ellos sólo miraban al cielo, serían culpables de falsa piedad. ¿No son muchos cristianos culpables de esto? A menudo me encuentro con creyentes que viven como si el único propósito de su vida fuera disfrutar de la comunión con Jesús. Sin embargo, eso va en contra de lo que Jesús ordenó. No estamos para vivir como si ya estuviéramos en el cielo; estamos para vivir como

si estuviéramos en la tierra, lo que significa tener las mismas prioridades que Dios. Uno de los propósitos de Dios es buscar y salvar al perdido. Jesús deja claro que habrá un tiempo cuando será demasiado tarde. Cuando Él vuelva, el tiempo de salvación habrá pasado. Entonces, ¡ocupémonos de las prioridades de nuestro Padre!

Últimos consejos

A la luz de lo que hemos aprendido de la encarnación, ¿hay algún otro consejo que nos pueda ayudar en cuanto a la evangelización? Si estás esperando poder conectar con la gente que te rodea y poder presentarles a Jesucristo, aquí van algunas pistas que te pueden ayudar.

Sé tú mismo, ¡y más!

Sé lo que Dios quiere que seas; es decir, ¡tú mismo! Disfruta del temperamento que Dios te ha dado y úsalo para los propósitos de Dios. Dios nos hizo a algunos tímidos, a otros extrovertidos. Deberíamos alabarle por eso. Si tú eres tímido, recuerda que tu timidez no es una excusa para evitar relacionarte – más bien es un medio para amar al mundo de una manera diferente a la de un extrovertido.

Me desanimo cuando oigo a la gente decir que es fácil para mí evangelizar porque soy abierta. Ser extrovertido no es la herramienta esencial para evangelizar. ¡Sí lo son la obediencia, el amor y la capacitación del Espíritu de Dios! Hay mucha gente a la que nunca podría llegar y a la que probablemente intimidaría sólo porque soy extrovertida. Dios tendrá que utilizar a otros cristianos para llegar a ellos. Pero no me siento culpable por eso, porque he aprendido que

Dios no es glorificado si yo vivo la vida intentando imitar la personalidad de otro. Debo ser tal y como Él me creó. Y a la hora de alcanzar a otros, debo tener en cuenta dos cosas: ser sensible a la persona con la que estoy hablando y, al mismo tiempo, coherente con mi propia personalidad.

Pero a pesar de nuestro temperamento todos nosotros debemos convertirnos en *iniciadores*. Cada vez más, me doy cuenta de que una característica clara de los cristianos maduros es si eligen ser los “anfitriones” o los “invitados” de sus relaciones. Los cristianos deben ser los que aman, los que se interesan y los que escuchan primero. Todos nosotros podemos tomar iniciativas ya sea de una manera callada o de manera más visible.

Arriégate

Tomar iniciativa conlleva el riesgo a ser rechazados. Dejar que la gente entre en nuestras vidas es un ingrediente aterrador pero esencial en la evangelización. Nosotros también nos arriesgamos cuando dejamos nuestra comodidad para entrar en sus vidas.

Una vez estando en el aeropuerto O'Hare en Chicago se me cayó la cartera y todo se desparramó. Cuando estaba recogiendo las cosas, una joven se paró para preguntarme la hora. Después se mordió el labio nerviosamente y preguntó: “¿Usted sabe donde puedo tomar algo?”. Yo no tenía ni idea. Pero cuando la miré a la cara vi que estaba turbada. Así que me levanté e inicié una conversación. Ella me interrumpió rápidamente: “¿Sabe cuánto costaría una bebida aquí?”.

Viendo que no estábamos llegando a ninguna parte, de repente le dije: “No sé, ¿pero le gustaría que fuera con usted para averiguarlo?”.

“¿Sí? ¿De verdad? Me encantaría su compañía”, respondió ella.

Y nos fuimos. Y todo el camino me estuve recriminando por ello – aquí estaba yo, caminando por un aeropuerto con una perfecta desconocida. ¡Qué poco convencional!

Luego pensé: Me pregunto que haría Jesús en una situación como ésta. Me di cuenta de que Él probablemente estaría más preocupado por el porqué aquella mujer necesitaba una bebida que por encontrar un bar. Sabía que si no podía sentirme cómoda con ella cuando tuviera la bebida en sus manos, y si no dejaba que Dios me guiara hacia lo que para Él era un campo de misión, entonces de nada valdría hablarle del amor incondicional de Dios.

Después de encontrar un restaurante, pasaron unos minutos antes de que ella empezara a decirme que había decidido dejar a su marido. Él, no sabiendo su decisión, la iba a recibir en el aeropuerto de Michigan. Estaba asustada ante la posible reacción de su esposo y se sentía completamente sola. “Pero es ridículo decir esto a una perfecta extraña – te debo estar aburriendo”, dijo; y siguió hablando.

La parte más triste era su incapacidad para creer que alguien se preocupara por ella. No tenía en quién confiar. Cuando en un momento dado ella mencionó un problema con el que le dije que me identificaba, ella dijo “Ah., es por eso por lo que actúas como si te importara. Oye, ¿no tienes miedo de hablar con extrañas como yo? Deberías tener más cuidado”. Cuando empecé a decirle quién era Dios y que Él era quien me llevaba a situaciones como ésta, ella me escuchó con la mirada perdida.

Al cabo de un poco la acompañé a embarcar, pero yo me sentía mal. Quería llegar a ella y decirle lo conmovida que

estaba con sus problemas y que había un Dios que la amaba profundamente. Pero ella se mostró tan fría y a la defensiva que temí su rechazo. Al final, en la puerta de embarque, cogí su mano y le dije: "Oye, quiero que sepas que me importas de verdad y que estaré orando por ti desde que bajes del avión". Me miró sin expresión ninguna, y cuando se iba dijo: "Lo siento. No sé cómo actuar cuando me muestran amor." Y se marchó.

Este encuentro no fue un éxito fulgurante pero creo que fui obediente. Ser cristiano significa arriesgarse: arriesgarse a que nuestro amor sea rechazado, malinterpretado, o incluso ignorado. No estoy sugiriendo que salgas corriendo al bar del barrio por causa de Jesús. Pero si te encuentras en una situación en la que crees que Dios te ha puesto, entonces, mientras no te lleve a pecar, ni tenga que ver con un área problemática en tu pasado, por amor, acepta el riesgo.

Mira debajo de las máscaras

Una vez que hemos corrido el riesgo de acercarnos a una persona, nunca debemos llegar a la conclusión de que no se va a abrir al cristianismo. Cuando miramos más allá de la superficie de una persona, normalmente descubrimos un mar de necesidades. Tenemos que aprender cómo interpretar esas necesidades correctamente, como hizo Jesús. Jesús nunca se frenó ante una necesidad – aunque la persona la estuviera intentando cubrir de forma errónea y pecaminosa. Y es que las necesidades siempre nos dicen algo sobre la persona a la que nos hemos acercado.

La mujer samaritana había tenido cinco maridos y en aquel momento estaba viviendo con el sexto. Los discípu-

los la miraron y pensaron: *¿Esa mujer? ¿Convertirse en una cristiana? De ninguna manera. ¡Mira como vive!* Pero Jesús también observó su estilo de vida, y sacó una conclusión opuesta. Lo que Jesús vio en su "estilo de vida inmoral" no fue a una mujer inmoral. Jesús no se alarma ante la necesidad humana de ternura y amor. Lo que le entristece es que cubramos esa necesidad con algo que no nos va a satisfacer. Y es más, Jesús vio que su necesidad indicaba que lo que tenía era sed de Dios. Seguro que tenía ganas de decirle a sus discípulos: *¡Mirad el potencial que ella tiene para Dios. Mirad cómo se afana por buscar lo correcto, aunque lo busca en el lugar equivocado!*"

¡Esto sí que es evangelización! ¿Cuántos samaritanos y samaritanas conoces? Donde quiera que esté, veo gente que busca desesperadamente, pero mucha que lo hace en los lugares equivocados. Lo triste es que, bastante a menudo, mi reacción inicial es apartarme y dar por sentado que no van a llegar a ser cristianos. Sin embargo, Dios me ha mostrado que ellos son normalmente los más abiertos. Debemos preguntarnos: ¿Cómo interpreto las necesidades y los estilos de vida de mis amigos? ¿Miro su alcoholismo, su adicción a las drogas, su promiscuidad o su obsesión con valores que no satisfacen, y digo "Eso está mal" y me voy? ¿O miro debajo de sus máscaras para descubrir por qué viven así? Y luego, ¿intento amarlos en su situación?"

Nosotros podemos mostrarle a la gente que hacen bien al querer llenar su vacío, y luego pueden quedar gratamente sorprendidos al descubrir que ese vacío, es como Pascal escribe en su obra *Pensées*, "un vacío en forma de Dios".

Superando los estereotipos

No debemos ser, como dice John Stott, “cristianos de madriguera”. Por ejemplo, a veces eso se ve en el contexto de la universidad. Los cristianos de madriguera universitarios son del tipo que asoman sus cabezas por el agujero por la mañana, dejan a sus compañeros de piso cristianos, corren a sus clases, y buscan frenéticamente a un cristiano para sentarse con él (¡forma rara de acercarse a un campo de misión!). Así van de clase en clase. Cuando llega la hora de la comida se sientan con todos los cristianos en una mesa grande y piensan *¡Que buen testimonio!*. De allí van a su estudio bíblico cien por cien cristiano, y después posiblemente a una reunión de oración donde interceden por todos los no cristianos en su facultad (pero, ¡qué suerte que habitación en un piso donde todos eran cristianos!). Al anochecer vuelven a sus pisos cristianos con sus compañeros de piso cristianos. Sanos y salvos. Sobrevivieron al día y sus únicos contactos con el mundo fueron cuando pasaron como un rayo entre de una actividad cristiana a otra.

¡Qué contrario al mandato bíblico de ser sal y luz al mundo! Los cristianos de madriguera se mantienen aislados del mundo pero el mandamiento es de penetrar en él. ¿Cómo podemos ser la sal de la tierra si nunca salimos del salero?

Los cristianos no son los únicos culpables de este fenómeno. La tragedia es que el mundo también nos anima a mantener nuestro aislamiento. ¿Te has preguntado alguna vez por qué todo el mundo se comporta tan bien cuando un cargo eclesiástico aparece en un debate en televisión? De repente el lenguaje de todo el mundo cambia y su compor-

tamiento mejora. ¿Por qué? No quieren ofender al reverendo y quieren ayudarle a que siga sintiéndose santo. Juegan el juego religioso mientras él está presente, porque el pobre necesita que lo protejan del mundo real.

A veces los no cristianos se comportan de forma rara en nuestra presencia porque se sienten incómodos por el espíritu santo en nosotros – y eso sí es bueno. Pero la mayoría de las veces se comportan de forma diferente porque creen que es la manera en que deberían comportarse con gente religiosa.

A menudo me encasillan como religiosa cuando descubren cual es mi profesión. Durante mi época de soltera, cuando ayudaba a jóvenes cristianos en las universidades, tenía una “carné de religiosa” por la que me hacían descuentos en algunos viajes. El único problema era que, a veces en las agencias de viajes, no me creían. Una chica joven no era lo que imaginaban cuando veían la “tarjeta religiosa”. Más de una vez me preguntaron: “De acuerdo, guapa, ¿dónde la conseguiste?”.

El episodio más divertido me ocurrió volando de San Francisco a Portland. Llegué al mostrador y me saludó un empleado muy amable.

— *¡Hola y muy buenos días!*

— *Quiero retirar mi billete a Portland.*

— *Lo siento mucho, no podrás volar esta noche.*

— *¿Por qué? ¿Se ha cancelado el vuelo?*

— *No, es que vas a salir conmigo esta noche.*

— *¿Qué?*

— *Sí, conozco un restaurante fabuloso con música en vivo.*

No te arrepentirás.

— *Lo siento, de veras tengo que ir a Portland. ¿Tiene mi billete?*

- ¿A qué viene tanta prisa? Te recojo a las ocho.
—Mira, realmente tengo que ir a Portland.
—De acuerdo. Pero qué pena. .. Oye, no encuentro tu billete.
¡Quizá el destino quiera que si salgamos juntos esta noche!
—He olvidado decirte que es un billete... especial.
—¿La tarifa joven?
—No. Es... de religiosa, susurré acodándome en el mostrador.
—¿Qué?, dijo estupefacto.
—Es de religiosa.
—¡UNA RELIGIOSA!, gritó. Y todo el aeropuerto nos miró. Su cara se puso muy pálida y podía adivinar que estaba horrorizado pensando: “¡Oh no! ¡He intentado ligar con una monja!”.

Cuando desapareció detrás del mostrador, podía oírle susurrar horrorizado a los otros ayudantes “Oye, George. Mira la mujer de allí. ¡Es una religiosa!”. De repente otro hombre apareció, sonrió, asintió con la cabeza y desapareció otra vez detrás del mostrador. Nunca me he sentido tan religiosa en toda mi vida. Mientras intentaba parecer tan secular como era posible, el primer hombre reapareció y se quedó a una distancia prudencial detrás del mostrador. Un poco aturrido y sonando como un mensaje grabado, dijo “Buenas tardes. Esperamos que no haya habido ninguna inconveniencia. Y en nombre de nuestra aerolínea, le deseamos un buen viaje... Sor Manley.”

Es una anécdota cómica pero creo que demuestra lo difícil que es mantener nuestra autenticidad ante el mundo. El reto que tenemos es el siguiente: no ser menos de lo que

somos, ¡ni tampoco más! Debo de ser, simplemente, el ser humano que Dios tenía en mente cuando nos creó.

¡Los cristianos deberían ser positivos! Nuestra actitud es muy importante. Nuestra actitud y estilo comunican información, al igual que nuestras palabras. Si vemos que los no cristianos parecen estar avergonzados, y constantemente están a la defensiva, ¡es probable que se les esté pegando nuestra actitud! Si damos por sentado que les picará la curiosidad y querrán saber más del cristianismo, ¡probablemente eso es lo que pasará! Si comunicamos entusiasmo, no estando siempre a la defensiva, y si escuchamos con atención en lugar de sonar como una grabación de “Respuestas a preguntas que no preguntaste”, entonces los no cristianos empezarán a tener curiosidad.

Aprende también a identificarte con sus objeciones contra el cristianismo. Hablando con un profesor intelectual, por ejemplo, tenemos todo el derecho de decir: “Creo que uno de los temas más difíciles con el que un cristiano tiene que lidiar es cómo sabemos que todo esto es verdad. ¿Nos estamos engañando, y creemos en un Dios en base a una necesidad que tenemos, en lugar de actuar en base a la verdad?”. De esta manera dejamos que los no creyentes puedan sentirse cómodos con nosotros. Los muros caen y construimos puentes cuando nosotros mismos sugerimos las objeciones que puedan tener.

Finalmente, cuando te relacionas con un no cristiano, busca características en común, cosas en las que Dios os haya hecho parecidos. El apóstol Pablo buscaba elementos que tenía en común con otros, y empezaba a hablar en base a lo que descubría (ver Hechos 17:22).

En una época viví en un apartamento encima de una mujer muy marchosa.

Acababa de mudarse y cada vez que la veía, iba camino a una fiesta. Siempre nos intercambiábamos algunas palabras y un día dijo "Becky, me caes bien. Eres una tía legal. ¿Por qué no quedamos la semana que viene y nos fumamos un porro?". Repliqué: "Gracias. Tú también me caes bien, y me encantaría pasar un rato contigo. La verdad, no soporto los porros, pero me encantaría quedar y hacer algo juntas. ¡Hasta pronto!".

Ella se sorprendió un poco, no tanto porque no me gustaban las drogas, sino porque había expresado que me encantaba la idea de pasar tiempo con ella. Podría haber dicho: "¡Por favor! Yo soy cristiana y no quiero tener nada que ver con la droga". Pero lo que yo quería en primer lugar era abrir las puertas a una posible amistad (claro está, sin traicionar los valores de un cristiano). La cuestión es que con demasiada frecuencia hacemos saber a los demás lo que "no hacemos", cuando lo que deberíamos haciendo es buscar puntos de contacto.

Explicando el evangelio

Primero, *investiga*. Tenemos que aprender a ser oidores antes de empezar a proclamar el evangelio. Escuchar es como remar alrededor de una isla, estudiando cuidadosamente la costa para encontrar el mejor sitio para atracar. Investigamos sobre el trasfondo religioso y familiar de nuestros amigos no cristianos, sus intereses culturales, sus necesidades, sus sueños y sus miedos. Me asombra que gastemos fortunas

para que nuestros misioneros aprendan un idioma extranjero, pero nunca se nos ocurre que tenemos que "aprender el idioma" de nuestros amigos de nuestro entorno. Debemos de adentrarnos en sus pensamientos y entender sus preguntas. ¡No saltes a responder cada pregunta! ¡Haz alguna pregunta tú también! (Dios lo hace mucho en la Biblia.).

Luego, *haz que sientan curiosidad*. Una vez conocemos un poco a la persona con la que estamos hablando, tenemos que aprender cómo fomentar su curiosidad por el evangelio. Creo que es uno de los aspectos más ignorados de la evangelización. Intentamos saturar a la gente con la luz, antes de haber despertado su interés. En hechos 26:18, Cristo llama a Pablo a abrir *primero* los ojos de los gentiles incrédulos, *antes de* ayudarles a pasar de la oscuridad a la luz. Eso quiere decir que debía antes crear expectativa, para que tuvieran ganas de escuchar su mensaje. Tenemos que aprender a ser "pescadores de hombres" y no "cazadores de hombres". Tenemos que mirar a Pablo y a Jesús para aprender sus técnicas de "pesca".

A menudo Jesús empezaba siendo poco específico con la gente, sin dar una respuesta completa, hasta que tenía toda su atención. Sabía que la mujer samaritana (Juan 4:7) no tendría ni idea de lo que podría significar "agua viva", y que Nicodemo (Juan 3:1) no comprendería el concepto "nacer de nuevo". Jesús no fue claro para ver si tenían algo de interés espiritual; y si lo tenían, para aumentarlo. Pablo despertó la curiosidad de los judíos en la sinagoga de Tesalónica con sus argumentos y su lógica racional (Hechos 17: 3-4). En el areópago captó el interés de los griegos citando a sus poetas y usando esas citas para introducir su posición (Hechos

17: 28). Nosotros también debemos desarrollar un estilo intrigante de evangelización para lograr que la gente se haga preguntas – no solamente a través de las conversaciones, sino también a través de nuestro amor los unos por los otros, nuestra santidad personal y nuestra preocupación verdadera por los no cristianos.

Finalmente, *explica el evangelio*. Una vez que hemos conocido las inquietudes o los prejuicios de la gente, y hemos logrado que tengan interés por lo que vamos a decir, estamos preparados para explicar el mensaje del evangelio. Los pasos uno y dos son pasos pre-evangelísticos necesarios, que crearán una situación más propicia para hablar de Cristo. Pero no es suficiente con dar los dos primeros pasos; ¡hay que dar el tercero! Pablo, por ejemplo, conocía bien a sus oyentes, descubrió cómo conectar, y proclamó el evangelio (Hechos 17:16- 34).

Démonos cuenta de que el mensaje de Pablo tenía contenido y no solamente experiencia. Es difícil imaginar a Pablo en el areópago defendiendo su fe ante filósofos seculares y diciendo: “¡No sé, no encuentro palabras... Es un sentimiento que tengo”. Junto a nuestra experiencia, necesitamos dar una explicación racional del evangelio. Si quieres ver maneras diferentes de compartir el evangelio con claridad, ve a la última parte de mi libro *Fuera del salero*. También encontrarás el evangelio presentado por medio de historias y de la Escritura en mi librito *The Way of Jesus*, que también sirve para dárselo a alguien no creyente que está empezando a mostrar interés. Tenemos que tener cuidado y que Jesús no suene como un elixir de la alegría; Él da gozo y paz, es cierto, pero también es el Señor al que debemos obedecer.

Totalmente humanos

Hemos dicho que Jesús nos enseñó cómo relacionarnos con el mundo: el maestro se identificó radicalmente con él, y también se diferenció radicalmente de él. Creo que la gente verá en nosotros una diferencia radical y atractiva cuando vivamos como Dios nos creó – siendo totalmente humanos. Jesús nos mostró que el ingrediente principal de la verdadera humanidad es la libertad que tenemos de corresponder al amor de Dios de forma completa y apasionada. Si dejamos que Dios nos haga humanos auténticos – no cristianos de madriguera, sino gente amable, vulnerable y abierta, que se acerca al mundo y lo ama tan profundamente como Jesús lo hizo –, entonces el mundo podrá sentir la irresistible presencia de Dios.

A Dios le costó mucho identificarse con la naturaleza humana (bueno, de hecho, ¡le costó todo!). Por eso a nosotros también nos costará acercarnos y caminar al lado de nuestros amigos no cristianos. Dar el mensaje es fácil. Dar nuestras vidas es costoso. Pero dar nuestras vidas por causa de Cristo es lo que logra cambiar el mundo, porque da peso al mensaje que predicamos. Y eso es lo que Dios nos pide.